

---

## Maestra Elvia: Su vocación es una medicina para el dolor

Roxana Karen García Santiago

Licenciada en educación primaria. Docente de la Escuela Primaria “Profr. Manuel Hinojosa Giles” en el Estado de México. [roxgcia0@gmail.com](mailto:roxgcia0@gmail.com)

Era agosto del 2008, con apenas catorce años, me encontraba por cursar el segundo grado en la Escuela Secundaria “Jaime Sabines” del municipio de Ecatepec. Siempre fui una estudiante tímida, callada, pero dedicada a cada una de mis clases. Honestamente, la asignatura de español fue mi batalla personal durante esos años. En un ciclo anterior, tuve una experiencia no grata con la maestra que impartía dicha asignatura, que, en lugar de motivarme, sus clases me generaban miedo. Aún tengo presente el nudo en el estómago, cada vez que quería acercarme a resolver alguna duda. Esa situación ocasionó que le agarrara desagrado a la materia, lo que afectó mi desempeño y la adquisición de los aprendizajes, no por falta de interés, sino por temor.

Cuando pasé a segundo grado, sentí alivio porque ya no estaría la maestra del ciclo anterior. Me sentí relajada, pensé que podría ser un nuevo inicio para mejorar en ello; pero para mi sorpresa, este nuevo año estaría a cargo de la maestra Elvia. Generalmente, ella era conocida por impartir clases a los alumnos de tercer grado, pero ese ciclo, por alguna razón, estaría con nosotros.

Todavía en mis memorias está su primera clase. La maestra Elvia era una mujer de semblante serio. En la escuela era conocida por ser estricta y exigente. Al entrar, el aula guardó silencio. Ella permaneció en silencio, se mostraba muy pensativa.

Mis compañeros, sin antes conocerla, se burlaban de ella, principalmente por su apariencia física. Nunca supe qué pensar de ella. La maestra Elvia era la clásica maestra que corregía a detalle cada uno de los trabajos y tareas. Una persona que rara vez mostraba una sonrisa. Me parecía fría, distante y dura. No obstante, con el tiempo descubrí que detrás de ese rostro había una mujer que estaba cargando con una lucha interna que la fue apagando lentamente. Ello, no fue impedimen-

---

to para mantener su compromiso a su quehacer docente; la escuela se convirtió en su refugio, un espacio en el cual se sentía segura y momentáneamente podía olvidarse de sus preocupaciones.

Fue entonces que comprendí su seriedad, en el fondo fue una gran persona que se preocupaba por sus estudiantes. De alguna manera me veía reflejada en ella, como aquella chica de la que se burlaban sin conocerla, a la que molestaban, sentí una conexión con ella. La maestra Elvia fue muy paciente conmigo, cuando tenía alguna duda, ella dedicaba su tiempo para resolverlo, siempre con respeto y amabilidad. Una docente que, con su guía, comencé a entender mejor la asignatura, poco a poco fui ganando esa confianza que había perdido en mí misma.

Tratar con adolescentes fue complejo, ya que no todos mis compañeros estaban dispuestos a aprender, en ocasiones trataron de sabotear sus clases. No obstante, la maestra, día a día, se mantenía firme frente al grupo, defendiendo con pasión la coma, cada acento y palabra como uno de sus tesoros más preciados. Había algo en su manera de expresarse de los libros, de los contenidos, de ella emanaba un brillo en sus ojos que no podría explicar, pero que evidenciaba lo mucho que amaba lo que hacía.

Nunca externó detalles de su vida privada ante el grupo. En ocasiones sí se le llegaba a ver cansada, pero en esos tiempos atribuí que su agotamiento se debía a que tenía un bebé de escasos meses. Nunca mencionó sus dificultades o preocupaciones, simplemente cumplía su labor como cada día, sin esperar nada a cambio.

A finales del ciclo escolar, la maestra realizó un comentario personal que aún recuerdo con cariño. Me felicitó por mi gran avance, de lo cual me sorprendí porque no pensé que fuera capaz de disfrutar tal asignatura.

Esperaba poder terminar con ella mi último grado de secundaria, para el siguiente ciclo escolar, la maestra ya no regresó, lo cual fue extraño porque nos habían dicho que sería ella quien continuaría con la clase de español. En su lugar llegó otra maestra. Pasaron los días y meses, parecía que nadie la recordaba, ni siquiera los otros maestros de la institución llegaron a mencionar de ella. Es como si no hubiera

---

existido o hubiera desaparecido de la memoria institucional. En ocasiones pienso que la escuela no fue justa con ella, al no reconocerle su gran labor. Quizá no fue la persona más expresiva, o una docente perfecta, pero puedo decir que para mí fue la maestra más humana que conocí en mi adolescencia.

Muchos años después, me enteré de su partida. Mi hermana se encontraba estudiando en la misma secundaria. En un evento del Día de Muertos, les tocó colocar la ofrenda, y fue ella quien me comentó que la foto de la maestra se encontraba ahí. Me cayó de golpe la noticia, lo primero que pensé fue en el pequeño niño que dejó. Era una persona que merecía vivir más, compartir más de su conocimiento, ser comprendida y valorada por quién era.

Me quedé con ganas de poder volver a verla, de decirle hasta dónde he llegado. Compartirle que ahora disfruto escribir, que su ejemplo me acompaña en mi propia labor docente. Que cuando corrijo a alguien me acuerdo de ella, del amor en cómo hacía ver lo difícil posible y que ha dejado huella en la forma de ver la vida y de estar frente a un grupo.

Hoy, al recordarla, me invade la tristeza por no haberle dado las gracias. Me pesa nunca haber preguntado alguna vez cómo estaba. Y es bien cierto que la profesión docente no ha sido valorada como debe ser, no me cabe duda de que a veces quienes están enseñando atraviesan sus propias batallas. La labor de los maestros y maestras no siempre es valorada como merece. Un simple “¿cómo está?” puede marcar la diferencia.

En estas líneas reconozco la labor, amor y dedicación que ofreció en sus aulas. Estoy eternamente agradecida, gracias por cruzarse en mi camino. Gracias, maestra Elvia, por enseñar con el corazón. Gracias por enseñarme... aun cuando nadie preguntó cómo estaba.